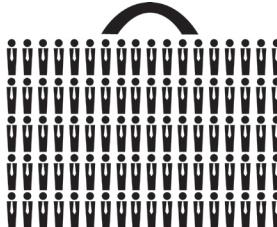


*Una hoja no puede ir contra el viento,
a menos que ese sea su papel.*



A estas horas ya deben haber partido. Con el maletín y todo el dinero. Tengo la imagen del cambio del auto al avión, presuroso, entre niebla, en la pista del aeropuerto. Daba lo mismo si la avioneta caía accidentada en medio del oceano o si llegaba a puerto seguro, la historia de la persecución estaba finiquitada y nosotros perdidos. Pudimos seguirlos hasta Lisboa después de haber perdido y recuperado su trazo repetidas veces, es verdad. Pero ahora se habían ido ya, con el maletín, con todo el dinero. No hay manera, se acabó la persecución. Por eso nos vemos obligados a cambiar de objetivo, a replantear nuestras miras, carreras y vidas. Y a hacerlo radicalmente. Hemos decidido, todos, entregarnos a las autoridades.

Estoy escribiendo como un loco. Literalmente, como un loco. Podría nunca jamás detenerme o no detenerme nunca jamás. Inventaría miles de diseños, diseñaría miles de inventos, narraría infinitas aventuras o me aventuraría en infinitas narraciones, quién sabe. Pero mejor allí lo dejamos. Sí, mejor lo dejamos allí.



Había que comer rápidamente, desentonar con el resto y no amedrentarse. También lo del agua era importante y el tema de las magníficas bailarinas que atenuaban el impudico calor producto del discernimiento. La misma incandescencia de la idea aglomeraba a quienes debían alejarse y es así como mantenían el sistema. Puntillista a su manera. Cada fin de semana un Caminador enfocaba, ligeramente retardado, el trilapsio. Con un solo movimiento la estructura quedaba perforada por no escencias, sabores diseminados, sinsabores de rápidos reflejos. Y el Caminador se iba.

Anteanoche marcaron el punto hito, visto desde la cúspide, y coincidía con el climaterio terrestre. Dejaron entrever la inminencia del cumplimiento de la velada profesía, aquella que sostiene entre misterios y tejidos de aluminio que ese sería el momento y que del momento, del propio momento, surgiría el plan. Muchos aguardaron, esperaron para ver, otros vieron porque no esperaban nada y entre muchos, así, se dibujó definitivamente el contorno espacio-temporal del relato, del regreso sin viaje y no del viaje sin regreso que esta aventura podría relatar.

Marmian, singularidad promedio, ciudad sin causa ni lugar fijo. Casa de todos y hogar de nadie. Pasatiempo inesperado en la curva de una pequeña calle de barrio, anatema mismo. Augurios equivocados, tal vez malintencionados tienen que haber encadenado este encuentro por arte infame, arte oscuro y por demás, oculto. Marmian, ¿por qué? ¿Te has puesto a

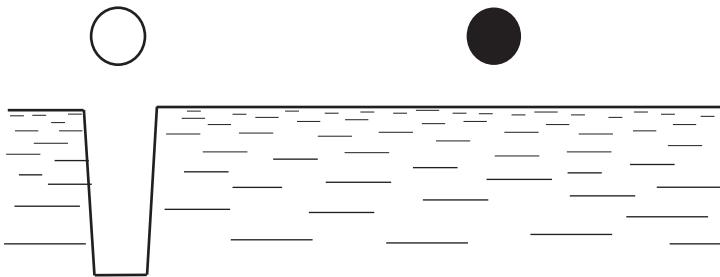
pensar por qué, ciudad cuasi inteligente? En tu Jardin de los Sofistas crecen látigos. En el Paseo de los Inocentes dicen que alguien, de vez en cuando, de noche, como que sopla una respuesta. Una respuesta a una pregunta que alguien se hace en ese momento mismo en tu seno, Marmian. Si pasa por allí, el soplo le pega, no altera sus mecanismos motores pero sí puede tener ligeras consecuencias a nivel emocional. Porque, Marmian, tambien eres delicada. En tus lluvias hay caricia escondida, en el viento besos y respuestas, en el solo color de tu cielo, algo.

Viramos en escape de doble succión, alternando el estilo de nuestras vestiduras, y visitamos los Patios Sórdidos y el Parque Elíptico, la Casa Styron y el lugar de la Proposición. Hacía tiempo que Marmian había dejado de ser un centro de recreacion y se había convertido en lo que veíamos y palpábamos entonces.

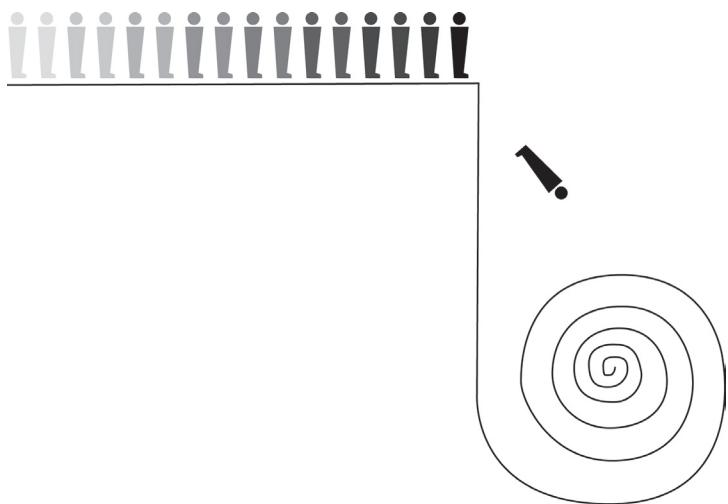
-Cuatro dosis juntas de Shax no hubieran igualado ni media de ésta- espetó Lino.

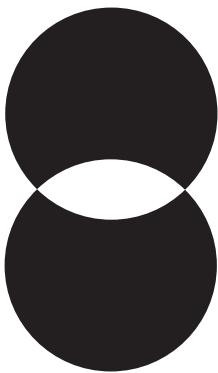
Y se echó a dormir boca arriba.

En la ausencia de espacio hay un conflicto. Hay una vena, un rojo inanimado que se desliza en pulsaciones hasta un lugar más despejado, alguien que puja por vencer la línea de fricción y desparramarse suavemente, tibiamente... mortalmente. Es la mancha cristalina: allí donde la mirada no ve, allí por donde caminan los hechos, nos vemos obligados a acampar, a tomar un descanso y evaluar nuestras posiciones, detallar nuestros planes, anotar horas de partida y de comida, prender velas y esperar que no invadan nuestra esperanza. Porque somos el filo, somos la idea: nosotros somos los que tenemos que llegar.



Dale a otro lo que tengas y que otro te dé lo que tenga a ti. Busca por diferentes lugares, no te detengas, no te dejes herir. Acumula bayonetas, sables y escudos y otras armas cuyo nombre ahora no recuerdo. Encinta granadas y minas envueltas en maderas de colores. Mucha calma en la mochila y cantimplora llena de sed. No marches, camina, y no vuelvas la mirada atrás. Diviértete mientras puedas, que también es divertido ; llora lo que tengas que llorar y deja en el camino lo que se va cayendo. Porque pasarán así las horas ; pasarás así las horas. Te la pasarás así horas, buscando un minuto libre.

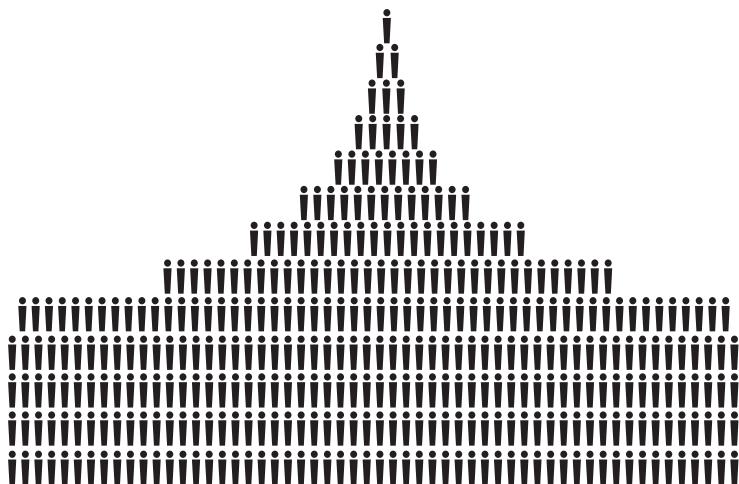




Gato por luna cambio, con lata de atún incluida. Cambio de ambiente, cambio de sistema y de adherencia a una alternativa. Cambio focos de luz, desenrosco, enrosco y cambio focos de luz. Y cambio gato por luna, cambio.

Trabajadorsísimos habían resultado los enanos éstos. Uno solo valía por cien de los que alguna vez un contrabandista inescrupuloso nos endilgó. Y nunca más lo vimos. Ahora es otra cosa. Estos son capaces de interactuar con las más estrechas miras y de entrecruzar dichos de alta frecuencia. Son soñadores y dúctiles en el estiramiento y la contracción. Poseen cinturones y equipos acoplados de última generación y mandíbulas protegidas, lo que los hace ideales en pendientes de alta inclinación. Poca talla para tallar mejor. De pronto un enano se muerde solo, accidente, se hace leña, no para de agitar la mandíbula, y el tórax ya va desapareciendo. Uno menos, accidente. Baja la productividad, paga el seguro misionero del sur. La mano no se detiene, por tanto, y busca más bien enfilar algunos dislates a mansalva, más que por eficiencia, por el honor. Bob Dylan suena, acompañado de KC & The Sunshine Band y se agitan los enanos. La entre-música va muy bien, algunos se prenden del solicordio y otros terminan por acercarse demasiado a la zona de calor que los dilata, los commueve y termina por abreviarlos. En síntesis , sólo el análisis puede darnos una respuesta. Mientras tanto cada enano debe permanecer bajo observación estricta de un capo de la vara. Para cuando lleguen a la costa, la desolación habrá empujado todo más allá de la raya, al submundo, y no habrá más. Encontrarán una orilla a la nada, algunas estrellas de arena y si tienen suerte, algún exoesqueleto de cangrejo. Los volúmenes deben mantenerse atenuados para que el enano de punta se mantenga en comunicación. Las espártulas deben es

tar listas, lo mismo que escuadras, compases y bolas de billar.
¡Y que Dios salve al enano que haya de llegar primero !



Doscientas noches más, incólume, como si el tiempo repasara entre las sombras de paredes que adormecen los latidos de tus pechos. Entre una mata y otra, un salto, y la eternidad ya se distingue. Una falacia y el mar, simplemente, se chorrea. De entre las arenas se ausenta un pino, como quien dice habremos de sobrevivir, y los pocos bordes redondeados que nos quedan, nos rodean. Mala racha, nos abrazan, mala racha. Después de todo, el tiempo no tiene a nadie entre sus más queridos, comentaron. Se rieron y comentaron. Pero en el fondo son superficiales y a nosotros qué nos importan en el fondo. Porque en todo momento se mantuvo esa distancia retro-penosa, una manera más, o menos, de vivir, una calma inconclusa y desafiante, por momentos osada y atrevida, que se nos imponía meramente y sin más explicaciones.

Hasta que el barquero volvió los ojos hacia el horizonte expandido, conteniendo sus diez mil metáforas, sus mil quinientos inventos, toda una vida de entretenimiento estático y transparente y lejano y tan poco convencional como aceptado. No habla, no medita, ni se concentra ni se disipa. Sólo es. Solo está. Por eso uno se muestra siempre indiferente, siempre encronizado con este absurdo mecanismo de ideas y reflejos que, previsible pero inopinadamente, se lo llevan a uno, se lo llevan sin más. Antes y durante, no hay consuelo. Después, no importa ya. Ahora la víctima se apresura a consternarse, no tiene más remedio que actuar involuntariamente, bajo inmensas presiones sobre pequeñísimos centímetros cuadrados.

Se plasma, digamos; se estrella y pierde vivencia. Igual mañana pasarán los resultados del voley, igual mañana los niños irán al colegio, mañana igual habrá que tomarse una Aspirina, alguien enderezará un cuadro, o se contentará con un buen vino, alguien, mañana. Y pensará en esa serie de mañanas que simplemente no nos corresponden, mañanas para las que no contamos con autorización, en las que no estamos planeados, mañanas necias y mañanas rubias, mañanas de otros, sin remos y a toneladas. En fin, ¿qué pesa más, un ayer o tres mañanas? Yo no lo sé. Habiéndolo pensado, no lo sé. Como lo de sus caricias: que no sé por qué propina sus caricias, ni por qué, en algunos casos, hasta las deja encargadas, o simplemente colocadas en lugar visible para que yo al entrar no tropezando, las deslinde. Me coloco raudo y paso claro, y entre mi sombra y la pared, fricción. Pero no siempre soy yo. A veces, en vuelo rasante, una nave natural y furtiva empequeñece mis ansias y levanta la velada y terminal mirada que tiene el rapaz cuando está a punto de secuestrar un sueño. A veces se cansa de mirarme y como que se abstrae. A veces me canso de mirarla yo. Igual, cada noche, atentos. No vaya a ser que...



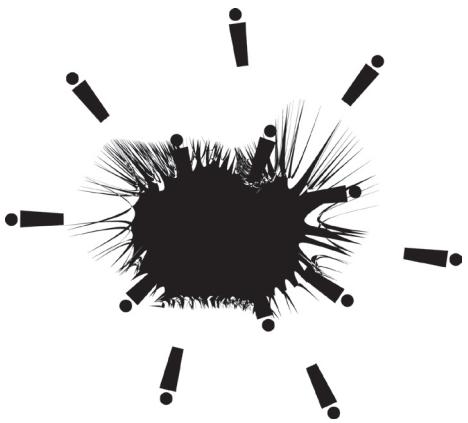
Donantes todos, igualmente fueron dislocados. Despertaron una mañana donde no debían despertarse y asumieron vidas de otros. Se pusieron todos en perpendicular con las calles adyacentes y pasaron a formar parte del panorama. Adornaron cada uno un pulcro arroyuelo, como huesos, pero no consiguieron fluir a la manera del elixir. Y es que la eternidad constante constriñe, Max, pero mucho más constriñe cuando se presenta fugaz.

Cayó la marmita, pum paf plim plaf. Cayó sobre los hombros de los hombres recogidos, sobre los verdaderos cau- santes de la interdicción. Doblaron rodillas, se partieron colum- nas y se desplomaron techos ; y cayeron en aire propio a mane- ra de colchón. Con el rebote llano alcanzaron nubes, rozaron estrellas y se internaron en la negra soledad. Caminaron entre nebulosas, los hombres recogidos, con los hombros recogidos y la mirada por recoger. La viña del Señor no estaba a la vista y los ángeles tampoco se dejaban ver. No era precisamente eso lo que se esperaban con toda esta inversión y maquinaria detrás. Hubieran querido perforar la membrana, amilanar los cuentos y atravesar auroras polares después de haber apagado el motor.

Volvieron decepcionados y vendieron sus aparejos al mejor postor. Se hicieron de algunas monedas y compraron algo para beber. Tomaron vino, se embriagaron algunos, bailaron y esperaron. Medio año después no quedaba ni una gota y la transformación del agua en vino era un truco que no habían podido aprender. Así es que fueron por una mar- mita, tocaron la puerta del alquimista y disculpe que lo ven- gamos a molestar. El hombre atravesó la puerta, cerrada, les explicó lo del trazado, las maletas hiperbólicas y otras tres o cuatro cosas que no llegaron a entender. Se precipitaron todos, como arena en el agua, y unos sobre otros pudieron por fin descansar. Alguien los cubrió con una manta, ordenó sus maletas y puso la marmita boca abajo. Sólo así podrían levantarse en la mañana y por primera vez ponerse a ver.



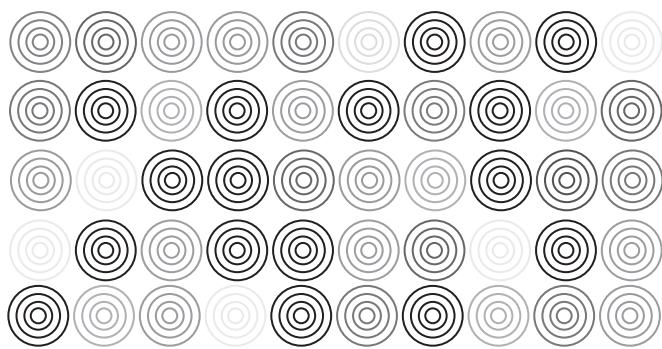
Las plegarias, desafiando la fuerza de la gravedad, se elevaron al cielo. Los oídos de Dios retumbaron. Entró en pánico y desató una catástrofe. Y las plegarias, desafiando la fuerza de la gravedad, se elevaron al cielo.



Cuando íbamos cargando latas no gritábamos. No sabíamos de antiguos ni de nuevos emisarios. No nos comovíamos y al azul feroz de la montaña no temíamos. Íbamos así, de lata en lata, con el enojo comprimido, apedreado por lo agreste y cansado de las vías, con la microconciencia más a plena luz que de costumbre y con el abrazo cantado de los inexistentes Bumper Kid's Last Band en los abrigos. Memoria revertida o recuerdo anticipado, cada gota de esa lluvia fue mojando, poco a poco, las miradas. Se nos habló de precios, de la gran desolación de los anarcos, del Cavendish Prime y hasta de la excelencia. Se intentó con síndromes y cláusulas convencionales, rótulos, dictados, mandíbulas protuberantes y hasta uno o dos camaleónicos enviados. Borraron nuestras barreras y, así mismo, nuestros caminos. Pero nunca se interpusieron. No podían. Desplazarse entre motivos los desvía, siempre, a la derecha y es allí donde el Gran Cabrón, agazapado, los recibe y aniquila. Como en un cuento. Son primero cientos y después cada vez menos. Van en número tal que no contienen su propia nostalgia, sus propias armas, ni su propio deshonor. Se revuelcan en los lienzos de pintores indolentes, porque no los justifican o no entienden ¡o no pintan! su desdicha. Que los cuelguen. De sus cuadros, que los cuelguen. Que no le teman al púrpura, que no claudiquen ante la eterna ambigüedad del verde o la brevedad de un rosa pálido que se nos muere en la paleta. Amigos en la calma, camaradas en la acción: sois inocentes. Que os juzguen en antípodas, si así quieren; de cabeza y con vista al sol; que os arranquen las plumas a mordiscos, que se atraganten con vuestras vetustas y

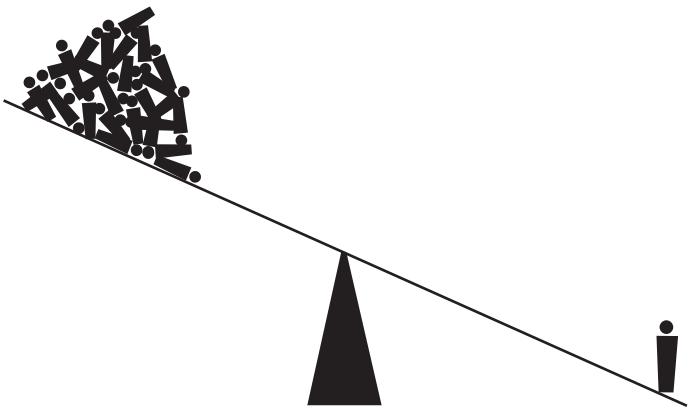
condescendientes miradas; vosotros dejad que los absorba la tinta, que se los trague el bond y que el viento, bendito, pueda arrancarles una cita de esa agenda recargada que manejan los ególatras del rock. Y después, que nos revisen. Mañana volveremos a salir temprano. Hay fuertes expectativas. El Alcázar no se rinde y menos en una situación como ésta. La Condesa puede decir lo que quiera. Le bastan tres de sus palabras para crucificar a un oyente y una más para atravesarle el corazón. Pero veamos qué sospecha. Veamos qué nos dice. Contemos a los muertos y cantémosle al amor. Veamos con qué artera puntería nos desalma, con qué inmensa agonía nos inviste. Después sólo esperaremos. Bien podremos, desde luego, andar liviano hacia los otros y achacarlo a algún reloj.

Cada cual baila su mambo, según la cadera, la cadera de su espíritu y una ecuación con muchísimas variables, complicada, en la que se toman en cuenta muchos otros factores, internos y externos. De allí la tónica del mambo. El mambo es impredecible aunque, midiendo estos factores, extrapolando, llegamos a un movimiento standard que puede recibir el nombre de tal. Hay otras maneras, pero no somos especialistas. La pareja insiste o desiste, total en el Club Náutico todo puede desentonar.



Bip bubl bip bip blub blub bubl bip bip, sonaba el arco solar. Las manivelas giraban correlativamente y todo estaba marchando como se esperaba. La descarga continua de eliminaciones operaba sin contratiempos y la submersión crecía, acercándose más y más al horizonte. Cuatro fulminantes anuncios cautivaron oídos e hicieron a muchos recoger su rebaño. El tigre rondaría, caso contrario. Bip bubl bip bip... el arco solar marcando un ritmo de cambio en espiral, un progresivo ajuste de cuentas contra la monotonía. Nosotros aquí seguimos, en reunión implícita, como saurios fosilizados, liofilizados y bañados en aceites rituales y lluvias de preservativos. Todo sonido divergente es procesado en la sala plena, pero no todo sonido puede ser captado por el eliminador. De allí la labor que se nos tiene encomendada, labor minuciosa y de carácter auditivo, con esa forma ovoidal y textura perlosa que por momentos nos hace perder la razón. Sería igual, en digital, utilizar el contexto contrario. Ambas formas terminarían por eliminarse mutuamente y entonces no estaríamos aquí. No es eso lo que se busca, para eso no estamos nosotros. No nos pueden haber encomendado una labor así, bip bib bubl bubl bip bip ...

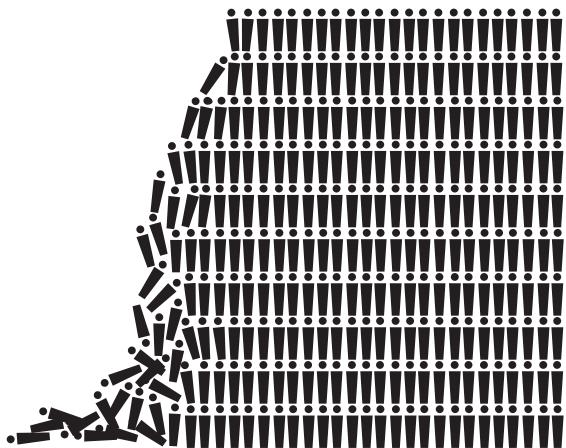




Echar humo al viento: echar sin hache y humo, con. Saltarse dos partidas enteras y nombrarse vencedor. Encender la llama y portarla inconsecuentemente, pues la llama debe ser para quien llegue al final. Todo esto es parte del protocolo inconcluso y es celosamente resguardado por los Minos de la ventisca. Del primer paso ni se tiene memoria, se investiga aunque se sabe que hasta allí nomás hemos de llegar. Se sabe que la ventisca es azul y que el tom tom de la batería hubiera podido ayudarnos pero hoy por hoy ya es un poco tarde. Tal vez si hubiéramos recurrido, en ese momento, tarola en mano, bombo al bolsillo, algo hubiéramos recibido. Como en Istlandia, que pasó así. Ni siquiera se dieron cuenta y ya tenían entre sus manos el capullo más pequeñito. Acá no fue lo mismo. Acá el capullo no es jamás capullito. Acá sólo hay estipendios. Todo va a la cuenta profunda, a la de máxima profundidad. Salomón mismo hubiera quedado impresionado ; la Reina de Saba, palmípeda, hubiera jugado a la oca, encendido la llama y se habría declarado vencedora sin más. Igual, todo hubiera sido lo mismo.

El Emperador estornudó súbditamente, en nombre propio y en nombre también del Imperio. Desde entonces las fortificaciones exteriores comenzaron a tomar esa consistencia -esa inconsistencia- gelatinosa, mucosa y fácilmente atravesable, y, agripadas, se chorrearon hasta el borde mismo del olvido. Médicos expertos trataron el mal del Imperio mientras que experimentados estrategas se encargaron del ya debilitado Emperador. Los delicuentes estados colaterales sumían al Emperador en profunda melancolía y ponían al Imperio en situación de colapso. Los estrategas, grandes, administraban medicamentos, además de ropas, alimentos e incluso armas al Emperador. Pronto todos se quedarían cortos de respiración y estornudaría el Imperio, no una sino tres veces seguidas, y esa sería su perdición. Nadie lo hubiera pensado, nadie lo hubiera creído, nadie tal catarro hubiera predicho. Se hizo fama y cayó el Emperador en cama: del catarro a pneumonía, paro fulminante y adiós.

El Imperio hoy yace bajo tierra, y bajo el Imperio, yace el Emperador. Los equipos arqueológicos administran el área y restauran pedacitos de jarrón, escarban una esquina de puerto, soplan estatuillas de marfil. Por las noches dicen que el Emperador se pasea, que de día duerme, pero que como está totalmente transparente y calladito, da igual. Son cuentos de los que allí habitan, tampoco se puede creer en cualquier cosa. Yo lo que puedo contar es que paseo, ahora yo, sobre lo que fue el Imperio y puedo asegurar que las murallas sí se ven. Y sólo ahora que las toco me doy cuenta: son impresionantes.



Era una frase que alguien tenía que pronunciar, y la pronunció alguien. Una frase que, ahora ya escuchada, parecía haberme seguido desde siempre. El rimbombante eco de las palabras así puede deslumbrarte, darte vida o matarte sin más. Por eso siempre cuidado con las frases que alguien pronuncia, cuando son frases que alguien tenía que pronunciar.

que como estás
miamigo del alma
haz cosas buenas
te veo con los ojos
impresionados
dejar de llorar que
es lo querida en
tu corazón
deja tranquilos
miedos y temores
memoria almanan
miedo a vivir la vida
elejido a cumplir
desgarrado por el
guizás en malas horas
puedes ser tu
dellebeyan lejos
carambas perdié
no te pierdas
miamigo del alma
haz cosas buenas
te veo con los ojos
impresionados
dejar de llorar que
es lo querida en
tu corazón
deja tranquilo
miedo y temor
memoria almanan
miedo a vivir la vida
elejido a cumplir
desgarrado por el
guizás en malas horas
puedes ser tu
dellebeyan lejos
carambas perdié
no te pierdas
miamigo del alma
haz cosas buenas
te veo con los ojos
impresionados
dejar de llorar que
es lo querida en
tu corazón
deja tranquilo
miedo y temor
memoria almanan
miedo a vivir la vida
elejido a cumplir
desgarrado por el
guizás en malas horas
puedes ser tu
dellebeyan lejos
carambas perdié
no te pierdas